

como su esposa ante Dios. La dulce influencia del amor curó bien pronto su alma lacerada, y aun parecía haber encontrado la dicha en la oscuridad y el reposo, olvidando que había sido el ornamento de una espléndida corte, que había mandado ejércitos y aspirado al trono.

Pero no le dejaron permanecer tranquilo. Ferguson desplegó todas sus mañas para tentarlo, y Grey, que no sabía cómo allegar recursos, y estaba pronto á cualquier empresa, por desesperada que fuese, le prestó su ayuda. Nada se omitió de cuanto pudiera contribuir á sacar á Monmouth de su retiro. Al recibir las primeras invitaciones de sus amigos, su respuesta fué negativa. Hízoles presente la imposibilidad de un desembarco en Inglaterra, añadiendo que estaba cansado de la vida pública y sólo deseaba que le dejasen disfrutar en paz su nueva dicha. Pero estaba muy poco acostumbrado á resistir con firmeza y á hacer valer su opinión. Dícese también que fué inducido á abandonar su retiro por aquella misma dulce influencia que se lo había hecho delicioso: lady Wentworth quería que fuese rey, para lo cual le ofrecía sus rentas, sus diamantes y su crédito. Monmouth vacilaba todavía, mas al cabo no tuvo firmeza para resistir á tantas súplicas (1).

(1) Welwood's *Memoirs*. Apénd. xv; Burnet, I, 630. Grey lo cuenta de otro modo; pero hay que tener presente que al hacerlo así, trataba de salvar su vida. El Embajador de España en la corte británica, D. Pedro de Ronquillo, en una carta que por este tiempo escribió al Gobernador de los Países Bajos, acusa á Monmouth de vivir de las liberalidades de una mujer enamorada, y aun deja traslucir infundadas sospechas de que la pasión del Duque fuese sólo inspirada por el interés. «Hallándose hoy tan falto de medios, que ha menester transformarse en Amor con Miledi, en vista de la necesidad de poder subsistir.»—Ronquillo á Grana, marzo 30 (abril 9), 1685.

VIII.

LOS EMIGRADOS ESCOCESES.—EL CONDE DE ARGYLE.

Los emigrados ingleses le recibieron con gran alegría, y unánimemente le reconocieron como jefe; pero había otros emigrados que no se hallaban igualmente dispuestos á reconocer su supremacía. Los desaciertos del Gobierno, que habían llegado en Escocia hasta un punto totalmente desconocido en las provincias meridionales, habían llevado al Continente muchos emigrados escoceses, cuyo fanático celo, lo mismo en religión que en política, era proporcionado á la opresión que habían sufrido. Ninguno de ellos estaba dispuesto á obedecer á un jefe inglés, pues ni la destitución ni el destierro habían sido parte á disminuir su orgullo nacional, y así, no querían en manera alguna contribuir con su obediencia á que su patria se viese reducida á la mísera condición de cualquiera otra provincia. Habían elegido por jefe á su compatriota Archibald, noveno Conde de Argyle, quien, como jefe supremo de la gran tribu de Campbell, era muy conocido entre la población de las montañas (Highlands) con el altivo nombre de Mac Callum More. Su padre, el Marqués de Argyle, había sido jefe de los *covenantarios* escoceses y uno de los que más habían contribuido á la ruina de Carlos I, no bastando en opinión de los realitas á hacer olvidar tan gran ofensa que concediese á Carlos II el vano título de Rey y un palacio por prisión. Después del regreso de la familia real, el Marqués fué condenado á muerte. Privósele del marquesado, permitiéndole tan sólo dejar á su

hijo el antiguo título de conde, á pesar de lo cual aun pudo éste figurar entre los primeros nobles de Escocia. La conducta del Conde en los veinte años que siguieron á la Restauración, fué, según él mismo la calificó andando el tiempo, criminalmente moderada. Cierta que algunas veces había tratado de oponerse á los atropellos de la infame administración que afligía á su país; pero habíalo hecho con poca energía y tomando toda suerte de precauciones. Sus complacencias en materia de religión habían escandalizado á los rígidos presbiterianos, y tan distante se hallaba de favorecer la resistencia, que, cuando los covenantarios, exasperados por la persecución, se levantaron en armas, él salió al frente de sus colonos á sustentar la causa del Gobierno.

Tal había sido su carrera política, cuando el Duque de York vino á Edimburgo investido con todo el poder de la regia autoridad. Pronto conoció el despótico Virey que no podía contar con la incondicional ayuda de Argyle, y no pudiendo granjearse la voluntad del caudillo más poderoso del país, decidió su destrucción. Fundándose en motivos tan frívolos, que aun el espíritu de partido y la habitual trapacería de los magistrados los mencionaban con vergüenza, fué acusado de traición, llevado ante el tribunal, convicto y sentenciado á muerte. Los partidarios de los Estuardos afirmaron después que nunca se pensó en llevar á efecto la sentencia, siendo el único objeto del proceso atemorizar al Conde y obligarle á ceder su extensa jurisdicción en las montañas. Que tal fuese en realidad la intención de Jacobo, ó que, como sus enemigos sospechaban, intentase deshacerse del Conde, es lo que aun no ha podido averiguarse. «*Yo no conozco las leyes de Escocia*, decía Halifax con motivo del proceso al Rey Carlos; *pero sí puedo afirmar que en Inglaterra*

no había motivo para ahorcar á un perro con lo que ha bastado para sentenciar á lord Argyle» (1).

El Conde huyó disfrazado á Inglaterra, y de allí pasó á Frisia. En aquella apartada provincia, su padre había comprado algunas tierras á fin de tener un sitio de refugio para su familia en las discordias civiles. Decían los Escoceses que hizo esta compra á consecuencia de la predicción de un adivino celta á quien había sido revelado que llegaría día en que Mac Callum More sería arrojado de su antigua casa de Inverary (2). Pero lo probable es que el astuto Marqués hubiera obedecido más bien á la marcha de los negocios y á la turbación de los tiempos que á las visiones de ningún profeta. En Frisia vivió el Conde Archibaldo, durante algún tiempo tan retirado y tranquilo, que generalmente se ignoraba su paradero. Desde su retiro estaba en correspondencia con sus amigos de la Gran Bretaña, ayudó á la conspiración de los whigs y concertó con los jefes del partido un plan de invasión de Escocia (3). Fracasó el proyecto cuando se descubrió la conspiración de Rye House; pero á la muerte de Carlos II trató nuevamente de llevarlo á cabo.

En el tiempo que residió en el Continente, se ocupó con más atención en materias religiosas que en los años anteriores de su vida, y en cierto respecto fué pernicioso el estudio especial de esta materia. Su par-

(1) *Proceedings against Argyle* en la Colección de causas de Estado; Burnet, 1, 521; *A true and plain Account of the Discoveries made in Scotland*, 1684; *The Scotch Mist cleared*; sir George Mackenzie's *Vindication*; lord Fountainhall's *Chronological Notes*.

(2) Información de Roberto Smith en el Apéndice á Sprat's *True Account*.

(3) *True and plain Account of the Discoveries made in Scotland*.

cialidad por la forma presbiteriana en el gobierno eclesiástico rayó entonces en fanatismo, y cuando recordaba que por largo tiempo había estado conforme con el culto establecido, la vergüenza y los remordimientos que se apoderaban de él mostraban claramente cuán dispuesto se hallaba á expiar la que él juzgaba tan terrible falta por medio de la intolerancia y de la violencia. Sin embargo, antes de mucho tiempo tuvo ocasión de mostrar que el temor y el amor al poder supremo habían exaltado su mente, en términos de hacerle apto para soportar con valor las más terribles pruebas á que puede verse sujeta la naturaleza humana.

A sus compañeros de infortunio fué su asistencia de la mayor importancia. Aunque proscrito y fugitivo, era, como antes, en cierto modo, el súbdito más poderoso de la Gran Bretaña. Su fortuna, aun antes de ser procesado era inferior, no sólo á la de algunos nobles ingleses, sino á la de los más opulentos *esquires* de Kent y Norfolk. Pero su autoridad patriarcal, autoridad que ninguna riqueza puede dar y de que ningún tribunal podía despojarle, hacía de él, como jefe de insurrección, formidable enemigo. Ningún gran señor del Mediodía podía confiar si se aventuraba á resistir al Gobierno en la ayuda de sus guardabosques y cazadores, y ni el Conde de Bedford ni el de Devonshire podían presentar diez hombres en el campo. Mac Callum More, sin dinero y despojado de su condado, podía en cualquier momento promover un serio levantamiento. No tenía más que presentarse en la costa de Lorn, y en pocos días se vería rodeado de un ejército. Las fuerzas que en circunstancias propicias le seguirían al campo, ascenderían á 5.000 hombres fieles á su servicio, prácticos en el tiro y en el manejo del sable, que no temían el encuentro de tropas re-

gulares aun en campo raso, y tal vez les aventajaban en la defensa de las difíciles posiciones de sus ásperas montañas, ocultas por la niebla y cruzadas de bramadores torrentes. Que con tales fuerzas bien dirigidas se podía luchar con regimientos veteranos y hábiles caudillos, pudo verse, algunos años después, en Killiecrankie.

IX.

SIR PATRICIO HUME. — SIR JUAN COCHRANE. — FLETCHER DE SALTOUN.

Pero, por mucha confianza que inspirase á los emigrados escoceses el nombre de Argyle, había una facción entre ellos que no le miraba con muy buenos ojos, la cual deseaba tan sólo hacer uso de su nombre é influencia, sin confiarle ningún poder real. El jefe de este partido era un caballero de las tierras bajas (Lowlands), el cual había tomado parte en la conspiración whig, logrando con gran dificultad eludir la venganza de la Corte. Llamábase sir Patricio Hume, y era natural de Polwarth, en el condado de Berwick. Hase puesto en duda, sin razón suficiente, su integridad. Debe, sin embargo, admitirse que sus maldades arrojaron tan negra mancha sobre la causa que defendía, como si se hubiera hecho reo de traición. No servía para mandar ni obedecer, y era además embustero, suspicaz y testarudo; charlatán interminable, irresoluto é indeciso contra el enemigo, activo y diligente sólo contra sus propios aliados. Hallábase estrechamente unido con Hume, emigrado escocés de gran nota, que tenía muchos de sus defectos, si bien

en menor grado. Era éste sir Juan Cochrane, hijo segundo del Conde de Dundonald.

Mucho más noble y distinguido era el carácter de Andrés Fletcher, hombre notable, así por su ilustración como por su elocuencia; valiente, desinteresado y amante de la vida pública, mas que por su carácter irascible era de muy difícil ó imposible trato. Como muchos de sus más ilustres contemporáneos, como, por ejemplo, Milton, Harrington, Marvel y Sidney, Fletcher había concebido gran aversión á la monarquía hereditaria, á lo cual le movía principalmente el mal gobierno de algunos soberanos. Sin embargo, no era demócrata. Era jefe de una antigua familia normanda, y estaba orgulloso del rango de sus ascendientes; buen orador y buen escritor, tenía orgullo de su superioridad intelectual, y en su doble carácter de caballero y hombre ilustrado miraba con desdén al vulgo, y tan lejos estaba de querer confiar al pueblo el poder político, que no lo consideraba siquiera apto para disfrutar de libertad personal. Es en verdad circunstancia curiosa que este hombre, siendo el republicano más honrado, más valiente y más libre de compromisos de su tiempo, haya sido autor de un proyecto encaminado á reducir gran parte de las clases trabajadoras de Escocia á la esclavitud. Tenía en esto viva semejanza con aquellos senadores romanos que al mismo tiempo que odiaban el nombre de rey, defendían los privilegios de su orden con inflexible orgullo contra las pretensiones de la multitud, y gobernaban sus esclavos, no vacilando en recurrir para castigarlos al azote y á los tormentos.

En Amsterdam fué donde se reunieron los jefes de los emigrados escoceses é ingleses. Argyle abandonó su retiro de Frisia, y Monmouth llegó allí procedente de Brabante. Muy pronto pudo verse que los

emigrados apenas estaban conformes más que en su odio á Jacobo, y en el deseo de poner término á su destierro. Los Escoceses tenían celos de los Ingleses, y los Ingleses de los Escoceses. Las grandes pretensiones de Monmouth ofendían á Argyle, que orgulloso de su antiguo rango y de ser descendiente legítimo de reyes, no se hallaba en modo alguno dispuesto á rendir homenaje al fruto de un amor ilícito é innoble. Pero de todas las disensiones que apartaban de su principal objeto al pequeño grupo de emigrados, ninguna fué tan seria ni tan importante como la que estalló entre Argyle y algunos de sus partidarios.

X.

CONDUCTA DE LOS EMIGRADOS ESCOCESSES.

Algunos emigrados escoceses en su larga lucha con la tiranía habían llegado á tal estado de exacerbación y apasionamiento, que no podían soportar el más justo y necesario freno. Sabían que sin Argyle no podían hacer nada, y debían también tener presente que, á no correr á ojos cerrados á su perdición, debían confiar plenamente en él, ó abandonar por completo todo proyecto de expedición militar. La experiencia ha demostrado plenamente que todas las operaciones de la guerra, desde la más grande á la más pequeña, deben hallarse sometidas á la absoluta dirección de una sola inteligencia, y que todos los subordinados, cada uno en su grado respectivo, deben obedecer, sin réplica y aun con muestras de alegría y entusiasmo, aquellas mismas órdenes que en su interior juzguen

poco acertadas, ó cuyas razones no les son conocidas. Las asambleas representativas, las discusiones públicas y todas las demás restricciones que en los negocios civiles impiden á los gobernantes abusar del poder, son absolutamente impracticables en el campo. Con justicia ha achacado Maquiavelo muchos de los desastres de los Venecianos y Florentinos á la recelosa política que inducía á aquellos gobiernos á mezclarse constantemente en las operaciones de sus generales (1). No menos perniciosa era la práctica de los Holandeses que enviaban diputados al ejército, sin cuyo consentimiento no podía llevarse á cabo nada importante. Ciertamente que no puede admitirse, en modo alguno, que un general á quien en el momento del peligro se ha confiado el mando dictatorial, se preste á ceder el poder en el momento del triunfo, y esta es una de las muchas consideraciones que han de tenerse en cuenta antes de resolverse á confiar la vindicación de las libertades públicas á la espada. Pero una vez decididos á correr los riesgos de la guerra, si se ha de obrar discretamente, ha de confiarse al jefe la autoridad absoluta, sin la cual la guerra no puede ser bien dirigida. Es muy posible que una vez investido de tal autoridad se convierta el general en un Cromwell, ó en un Napoleón, pero es casi seguro que, de no contar con ella, su empresa tendrá el mismo fin que la de Argyle.

Algunos de los emigrados escoceses, llenos de entusiasmo por la república, y careciendo por completo de la habilidad necesaria á la dirección de toda empresa ardua, empleaban su ingenio y habilidad, no en reunir los medios necesarios para atacar á un formidable enemigo, sino en poner trabas al poder de

(1) *Discorsi sopra la prima Deca di Tito Livio*, lib. II, c. xxxiii.

su jefe y prevenirse contra su ambición. La estúpida complacencia con que se obstinaban en organizar un ejército como si se tratara de organizar una república, parecería increíble, si uno de ellos no lo dejara consignado con toda claridad y aun con orgullo (1).

XI.

TENTATIVAS DE SUBLEVACIÓN EN INGLATERRA Y ESCOCIA.

Logróse al fin poner término á todas las diferencias, y se decidió intentar una sublevación en la costa occidental de Escocia, á que había de seguir inmediatamente un desembarco en Inglaterra.

Argyle tendría el mando nominal en Escocia; pero estaba sujeto á la vigilancia de una Comisión, que se reservaba la parte casi más importante de la administración militar. A cargo de esta Comisión estaba el determinar dónde había de verificarse el desembarco, nombrar los oficiales, dirigir las levadas de nuevas tropas, y, en fin, distribuir los víveres y municiones.

Quedaba, pues, tan sólo al general la dirección de las operaciones en el campo, obligándole á prometer que aun allí, excepto en caso de sorpresa, no haría nada sin el asentimiento de un Consejo de guerra.

El mando en Inglaterra estaba á cargo de Monmouth. Los que le rodeaban habían logrado, como siempre, influir en su débil carácter, haciendo renacer en su pecho aquellos planes de ambición que parecían extinguidos para siempre. Recordaba entonces

(1) Véase sir Patrick Hume's *Narrative*, *passim*.

el cariño con que siempre le aclamaba el pueblo, así en la ciudad como en el campo; y no dudaba que se levantarían en masa á su llegada. Recordaba también la buena voluntad que siempre le mostraron los soldados, lisonjeándose de que se le incorporarían por regimientos. Contribuían á dar crédito á estas ilusiones los mensajes que continuamente le llegaban de Londres. Asegurábanle que la violencia é injusticia con que se hicieran las elecciones, de tal modo habían exaltado á la nación, que toda la prudencia de los principales whigs había logrado difícilmente evitar un sangriento motín el día de la coronación, y que los grandes lores que habían defendido el *bill* de exclusión ardían en impaciencia por reunírsele. Wildman, á quien gustaba hablar de la traición valiéndose de parábolas, envió á decir que, justamente dos siglos antes, el Conde de Richmond había desembarcado en Inglaterra con un puñado de guerreros, siendo coronado algunos días después en el campo de batalla de Bosworth con la diadema de que había despojado á Ricardo. Danvers estaba dispuesto á levantar la *City*. Engañó al Duque la creencia de que tan pronto desplegase su estandarte, los condados de Bedford y Buckingham, el Hampshire y el Cheshire se levantarían en armas (1). De aquí su impaciencia en llevar á cabo la empresa que algunas semanas antes se negaba á acometer. No le sujetaron sus compatriotas á las absurdas restricciones que los emigrados escoceses habían impuesto á su jefe. Lo único que se le hizo prometer, fué que no tomaría el título de rey hasta que sus pretensiones fuesen sometidas al juicio de un Parlamento libre. Decidióse, además, que dos Ingleses, Ayloff y Rumbold, acom-

(1) *Grey's Narrative*; *Wade's Confession*; Harl. MS. 6.845.

pañasen al Conde de Argyle á Escocia, y que Fletcher siguiese á Monmouth á Inglaterra. Fletcher desde el principio había augurado mal término á la empresa; pero sus sentimientos caballerescos no le permitieron rehuir el peligro que sus amigos parecían deseosos de buscar. Cuando Grey repetía en medio de la aprobación general lo que Wildman decía de Richmond y Ricardo, el sabio y reflexivo escocés notaba muy acertadamente que había gran diferencia entre el siglo xv y el siglo xvii. Richmond contaba con la ayuda de los barones, cada uno de los cuales podía presentar en el campo un ejército compuesto de sus vasallos, mientras que Ricardo no tenía un solo regimiento de tropas regulares (1).

Los emigrados podían reunir entre sus propios recursos y la ayuda de sus amigos en Holanda una suma suficiente para llevar á cabo ambas expediciones. De Londres recibieron muy poco, pues en vez de seis mil libras que les habían prometido, envió Wildman muchas excusas, que debían haber abierto los ojos á todos los que no se empeñasen en cerrarlos á la luz. El Duque puso lo que faltaba, empeñando sus joyas y las de lady Wentworth. Compráronse armas y municiones de boca y guerra, y se fletaron algunos buques de los que á la sazón se hallaban fondeados en Amsterdam (2).

(1) Burnet, i, 631.

(2) *Grey's Narrative*.

XII.

JUAN LOCKE.

Es digno de notarse que el más ilustre de los emigrados ingleses, contra quien había sido más dura é injuriosa la calumnia, se mantuviese alejado de los impremeditados planes de sus compañeros. Juan Locke, á fuer de filósofo, odiaba la tiranía y la persecución; pero su inteligencia y su carácter le apartaban y le hacían huir de las violencias del sectario. La buena amistad en que siempre había vivido con Shaftesbury habíale hecho incurrir en el desagrado de la Corte. Sin embargo, era tal su prudencia, que hubiera sido inútil someter su conducta al examen de los corrompidos y parciales tribunales de la época. En un punto era, no obstante, vulnerable. Formaba parte del *Colegio de Cristo* de la Universidad de Oxford, y se decidió separar de aquel célebre establecimiento al más egregio maestro de cuantos lo han ilustrado. Mas no era esto fácil. Locke se había abstenido en Oxford de manifestar sus opiniones políticas. Estaba rodeado de espías; doctores en teología y maestros de artes no se avergonzaban de ejercer cerca de él el más vil oficio, espiar á un compañero y dar cuenta de todas sus palabras, y aun llegaron muchas veces á hacer girar la conversación expresamente sobre cuestiones políticas, como el *bill* de exclusión y la conducta del Conde de Shaftesbury; mas como Locke estaba preparado, habían sido vanas todas estas tentativas. El filósofo nunca se exaltaba ni disentía del parecer de sus compañeros. antes los escuchaba siempre con tal silencio

y compostura, que los viles instrumentos del poder tuvieron que confesar con gran sentimiento que no había habido nunca hombre que ejerciese tan completo dominio sobre su lengua y sus pasiones. Viendo, pues, que la traición no daba resultado, se acudió á la arbitrariedad, y después de intentar vanamente hacer cometer á Locke alguna falta, el Gobierno resolvió castigarle aunque no pudiera justificar tal medida. Vino de Whitehall la orden de degradarle, y el deán y los canónigos se apresuraron á darle cumplimiento.

Hallábase Locke viajando en el Continente para restablecer su salud, cuando supo que se le había despojado de su casa y de los medios de atender á su subsistencia, sin sujetarlo antes á un proceso, ni menos darle el menor aviso. La injusticia de tal medida hubiera bastado á excusarle aun cuando para obtener reparación hubiese acudido á la violencia. Pero no era él de aquellos á quienes ciega el resentimiento personal. No auguró buen resultado á los planes de los emigrados de Amsterdam, y partió tranquilamente para Utrecht, donde, mientras sus compañeros de infortunio trazaban el plan que había de servir para su propia destrucción, él se ocupaba en escribir la famosa *Carta sobre la tolerancia* (1).

(1) *Le Clerc's Life of Locke*; *lord King's Life of Locke*; *lord Grenville's Oxford and Locke*. No debe confundirse este Locke con el anabaptista Nicolás Look, cuyo nombre en la *Confesión* de Grey aparece escrito siempre Locke como el de aquél, y el cual también se menciona en la relación de Buccleuch, que figura como apéndice en la disertación de Mr. Rose. Casi innecesaria juzgaría yo esta observación, á no haber visto que la semejanza de ambos nombres indujo en error, á lo que parece, á persona tan familiarizada con la historia de aquella época como el *Speaker* Onslow. Véase su nota en Burnet, I, 629.

XIII.

PREPARATIVOS DEL GOBIERNO PARA ATENDER Á LA DEFENSA DE ESCOCIA. — CONFERENCIA DE JACOBO CON LOS EMBAJADORES HOLANDESES.

Muy pronto llegó á noticia del Gobierno inglés que algún nuevo plan se agitaba entre los emigrados. No pareció al principio probable que efectuasen un desembarco en Inglaterra; pero se temía mucho que Argyle apareciese muy pronto en armas con sus montañeses. Expidióse en consecuencia una proclama, en la que se ordenaba que Escocia se pusiese en estado de defensa. Mandóse que la milicia estuviera pronta, que todos los *clanes* enemigos de Campbell se pusieran en movimiento. Nombróse á Juan Murray, marqués de Athol, lord lugarteniente del condado de Argyle, y á la cabeza de una fuerte división ocupó el castillo de Inverary. Fueron reducidas á prisión algunas personas sospechosas, y á otras se les obligó á entregar rehenes; algunos buques de guerra recibieron orden de situarse á la entrada de la isla de Bute, al mismo tiempo que parte del ejército de Irlanda marchaba hacia la costa de Ulster (1).

Mientras se hacían estos preparativos en Escocia, Jacobo llamaba á su gabinete á Arnold Van Citters, que llevaba mucho tiempo en Inglaterra como embajador de las Provincias Unidas, y Everardo Van Dickvelt, quien, después de la muerte de Carlos II,

(1) Wodrow, lib. III, c. IX; *London Gazette*, mayo 11, 1685; Barrillon, mayo 11 (21).

había sido enviado en misión especial por los Estados generales á dar el pésame al nuevo Rey por la muerte de su predecesor, y al mismo tiempo á felicitarle por su advenimiento al trono. El Rey dijo á los Embajadores que tenía noticia por muy buenas fuentes de los designios que formaban contra su trono los súbditos ingleses refugiados en Holanda. Algunos de ellos eran asesinos, á quien sólo la Providencia divina había impedido llevar á cabo un horrendo crimen, y entre ellos se hallaba el dueño del lugar elegido para la matanza. «*No hay hombre en el mundo*, decía el Rey, *que pueda hacerme tanto daño como Argyle, ni lugar más adecuado que Holanda para dirigir el golpe contra mí.*» Citters y Dickvelt aseguraron á Su Majestad que pondrían en seguida en conocimiento del Gobierno holandés cuanto les había dicho, manifestando al mismo tiempo completa confianza en que se haría todo lo posible por complacerle (1).

XIV.

INTÉNTASE INÚTILMENTE IMPEDIR LA EXPEDICIÓN DE ARGYLE.

No eran mentidas las protestas de adhesión que los Embajadores hacían al Rey. Así el Príncipe de Orange como los Estados Generales, tenían gran interés por este tiempo en que no se abusara de la hospitalidad de su nación en contra del Gobierno inglés. El lenguaje que últimamente empleaba Jacobo ha-

(1) *Actas de las sesiones de los Estados Generales*, 5 (15) de mayo, 1685.